

Las estructuras que sustentan todo esto

I.

Al menos desde 1917, cuando Marcel Duchamp tomó un urinario, lo firmó como R. Mutt y lo presentó a la primera exposición pública de la Society of Independent Artists, los objetos sustentan nuestra visión del mundo contemporáneo y han modificado nuestros imaginarios sobre conceptos como la autoría, la belleza o el conocimiento. La historia posterior de la Fuente es sabida: fue rechazada por la sociedad artística más progresista de EE. UU. pese a que Duchamp era miembro del comité directivo y había pagado los 6 \$ para participar, la única condición insoslayable. El mito de este ready-made arrancó allí, tal como el lienzo Desnudo bajando una escalera lo había hecho cinco años antes en París. El cubismo consiguió fundir el espacio y el tiempo en un mismo rectángulo, el de la representación pictórica basada en lo real, pero su novedad más radical fue desterrar lo simbólico para inaugurar un mundo nuevo, el de la construcción de otra realidad: menos perfilada, más compleja y transversal... más contemporánea, en definitiva. Con apenas un puñado de obras, Duchamp hizo más por la transformación de nuestra sensibilidad de la mirada y el gusto, que cientos de páginas enciclopédicas. Al hacerlo, también acrecentó una ruptura total (y tal vez definitiva) entre el arte contemporáneo y el público, al menos con una parte del público que todavía necesitaba que el arte fuera un lugar tranquilo y obediente, un puerto seguro para la belleza tradicional e inalterable.

La fuente y el porta-botellas, la percha-araña y la rueda de bicicleta sobre un taburete trascendieron el concepto de obra de arte, de igual manera que las estructuras de las exposiciones actuales (su display) han devenido obras en sí mismas, fusionando conceptos y funciones que en otros momentos históricos habrían sido indisolubles. No es una vocación novedosa, sino más bien una derivación lógica de los paneles expositivos y explicativos construidos en los pabellones de las exposiciones universales; o las disposiciones espaciales de muestras históricas, como The Family of Man (1955), que concibieron el arte como un lenguaje cuyos mensajes cabía entender y divulgar. Las estructuras se han hecho visibles y sustentan todo lo que nos ocupa e interesa. El contenido atribuye al arte una función social. Parece lógico pensar que la evolución de cualquier materia (y aún más la específica del arte) acabará incluyendo dentro de su práctica el porqué de su novedad, y explicando asimismo el sentido fundamental de su inutilidad. Es decir, que al mismo tiempo que avanza al producirse, reflexiona sobre su pasado y cuestiona su sentido futuro. Todo aquello que evoluciona tiende a la sofisticación de su funcionamiento y a la complejidad de su análisis.

La combinación de Fernando Abellanas y Sean Mackaoui en una misma exposición no puede dejar de lado la importancia de las estructuras. De su poder sustentador y su capacidad polisémica, que entabla conversaciones subterráneas y las hace florecer